

PINTADA \*

SUCCIONANDO UN MATE CON UN SORBO DE CAFÉ EN LA BOCA ( A PARTIR DE UNA CONVERSACIÓN CON JUAN JOSÉ SAER)

Más allá de la neurosis, o gracias a ella, la oralidad, es decir, mi oralidad, sería desde un punto de vista, si se quiere, existencial, la forma más tranquila, cómoda y, tal vez, la más letal de extraerle el jugo posible a la vida.

Para quienes evitamos, o nos están vedadas, las emociones físicas intensas, para los que nunca escalaríamos el Everest o posiblemente jamás pesquemos tiburones en el Caribe, el consumo cotidiano, habitual, de pequeños y pobres placeres sería como un simulacro de acción por el que sentiríamos estar viviendo la vida que vivimos y que nos alejaría del pánico que nos produce esa reducción casi tautológica que nos amenaza cada día: la de ser solamente artistas.

Beber, entonces, ingerir, hablar, podría configurar un conjunto de exorcismos contra el horror que nos provoca la suposición de que la vida que vivimos es sólo mera interpretación estética (un largo, único, e interminable poema, un cuadro infinito, casi transparente, sin densidad ni espesor).

Porque suponemos, se supone, que, por el contrario, lo que pinta un pintor, lo que crea un poeta, debe ser el compendio o el resultado de todas las emociones que ha acumulado a lo largo de la vida que ha vivido. Un cuadro, para dar un ejemplo, y de acuerdo con la imagen de artistas que hemos acuñado, no sería ya sólo una relación inteligente de líneas, manchas, formas y colores, sino una relación de líneas, manchas, formas y colores, cuya inteligencia ha sido alterada en el momento de la ejecución, por una o más emociones previamente adquiridas o vividas por el pintor. De este modo, entonces, pensamos en los ojos negros y enérgicos de Picasso como en signos que justifican la genial particularidad de su obra...

Por eso, cuando veo cómo reacciona la gente ante cualquier cuadro actual, anhelando exasperadamente, histéricamente, descifrar en esa maraña de líneas, manchas, formas y colores, en ese jeroglífico descomunal y, aparentemente, anárquico, que es una pintura, repito, anhelando descifrar la vida íntima del pintor, las emociones rectoras que lo obligaron a elegir esas formas y no otras, siento un profundo malestar, una horrible sensación de equivocación y malentendido.

Porque cuando bebo un sorbo de vino, cuando detecto con mi cuerpo la combinación de sus sabores, el placer que experimento, esa emoción inmediata, es algo que sé, con certeza, que nunca podré traducir en un cuadro. Porque cuando miro y recorro con la mirada cada fragmento de un cuadro mío y me pregunto qué parte de mi vida, qué emociones por mí vividas provocaron esos accidentes de colores y líneas que estoy viendo, no obtengo la más mínima respuesta, no puedo reproducir, ni aun con esfuerzo, la más pequeña sombra de un sentimiento...

Diría, entonces, que este malentendido del que participamos, esas percepciones equivocadas de una obra de arte, son el resultado, tal vez, de esas simulaciones que actuamos los artistas (mi oralidad, por ejemplo). Conclusión que me lleva, no sin sorpresa, a establecer una clara diferenciación entre "vida de artista" y la vida de un artista.

Entonces, y para poner punto final, volviendo a las emociones de otros: la emoción del pescador no dependería, digo, del tamaño del tiburón que ha atrapado en el otro extremo de su línea, así como la emoción del alpinista no dependería de la altura del precipicio sobre el cual pende de una cuerda, sino que, en ambos casos, pertenecería al orden de la prolijidad de los actos *imprevistos pero precisos*, con que el pescador tensa y afloja su línea o con que el alpinista clava sus estacas sobre la roca.

Del mismo modo, la emoción del artista, entonces pertenecería al orden en el que trata los accidentes de líneas, manchas, formas, colores, palabras, frases, secuencias, silencios y sonidos: a la prolijidad proverbial con que acuna esos accidentes encontrados, "esas intermitencias luminosas", para que no mueran al nacer, para que muestren y desarrollen la inteligencia particular, irrepetible, de su propia organización, en definitiva, para que vivan una vida que, quizá, no tenga más sentido ni explicación que la nuestra propia.

Juan Pablo Renzi

*Diario de Poesía*, otoño de 1987, Nº 4

El artista plástico JUAN PABLO RENZI nació en Casilda, Prov. de Santa Fe, en 1940. Desde su primera exposición en la galería El Taller, de Rosario, en el año 1964, realizó numerosas exposiciones individuales y participó en muestras colectivas tanto en América Latina como en Europa. Dos importantes retrospectivas -la primera en el Museo Castagnino de Rosario (1984) y la segunda en el CAYC de Buenos Aires (1985)- exhibieron una síntesis del trabajo desarrollado por Renzi a lo largo de más de veinte años. En 1968, fue destacada su participación en la obra-acción "Tucumán arde", realizada en la CGT de Rosario.

La última muestra en la que participó tuvo lugar en abril de 1992, en el Museo de Arte Moderno, Buenos Aires, "Pintura de Alta densidad en Gran Formato", junto a los artistas Kuitca y Pierri.

Desarrolló también importantes trabajos de diseño gráfico, entre otros la tapa y el logo de *PUBLICAR*.

El artista Juan Pablo RENZI falleció en Buenos Aires el 13 de mayo de 1992.

\* Agradecemos a *Diario de Poesía* por habernos permitido reproducir esta "Pintada" de J.P. RENZI.